

realidad, ofrecer obras notables. El arte de las construcciones, lo mismo en los antiguos que en los modernos tiempos, sigue como la sombra al cuerpo á los grandes y poderosos de la tierra, sólo que en la antigüedad eran grandes los guerreros y los conquistadores, y ahora lo son los que, por los méritos de la inteligencia y del trabajo, logran conseguir una fortuna que les permite proteger al artista y contribuir á las magníficas concepciones del genio.

Colmenar Viejo ha sido siempre, como en otro lugar decimos, un pueblo de modestísima vida. Ni grandes capitanes, ni poderosos señores, ni afortunados negociantes, han visto en él la luz primera. Amantes del hogar, de aspiraciones limitadas, no han emigrado á América, en pos de la fortuna, los hijos de este hermoso rincón de España, y no han tenido, por consiguiente, *indianos* que viniesen á invertir, en obras monumentales, el dinero adquirido durante muchos años de trabajos y afanes.

Todas estas circunstancias concurren para justificar la pobreza de Colmenar Viejo en punto á monumentos arquitectónicos, pobreza que viene á reflejarse en las construcciones particulares, en las cuales se ha atendido más á las exigencias de una mal entendida comodidad que á la higiene y al buen gusto.

Hasta han desaparecido los escasos restos de construcciones antiguas, que es indudable

existieron en otro tiempo. Ya hemos hecho constar que en Manzanares el Real existió un castillo señorial, en cuyas almenas se habrá alzado más de una vez el pendón de los duques del Infantado, y quizá quizá ahorcado á algún vasallo rebelde; pero esto se sabe porque así lo dicen las crónicas, no porque haya quedado muestra de este castillo, que ha desaparecido, como desapareció el feudalismo, para no volver jamás.

La misma casa ducal edificó, como hemos dicho, dos palacios en Chamartín de la Rosa, uno de los cuales fué cedido por el duque de Pastrana á los jesuítas, para que establecieran en él un colegio; pero dichos edificios no tienen más que un mediano valer como obras arquitectónicas y como valor histórico: el que le presta el hecho de haberse instalado en él el cuartel general de Napoleón Bonaparte, cuando el ejército francés sitiaba á Madrid.

Los jesuítas han hecho algunas importantes mejoras para adaptar el edificio al objeto á que le destinaron; pero fuera de esto y de las proporciones del palacio que, en efecto, son grandiosas, nada artístico en su exterior se revela.

Contando, pues, con lo que queda expuesto, bien podemos decir algo sobre los edificios públicos que existen en la actualidad en la población. Si no son monumentales, tienen algún mérito, y llenan perfectamente el objeto á que están destinados.

Figura, en primer término, la casa Ayun-

tamiento, situada en la plaza de la Constitución. Este edificio fué reedificado en 1882 para instalar en su piso principal y segundo la Audiencia de lo Criminal, cuyo salón de actos públicos se halla decorado con bastante lujo.

El Matadero público, situado al Norte de la población, fué construído en 1877, y si no llama la atención por sus dimensiones, es, en cambio, notable por su distribución y por el acierto que ha presidido en su edificación.

De conventos no ha sido tampoco rico Colmenar Viejo. Sólo parece haber habido uno: el ya citado de la Orden Tercera de San Francisco, que el Estado cedió en 1850 al Ayuntamiento á cambio de un trozo de la Casa Consistorial, que luego se habilitó para trasladar á él la Cárcel de partido.

Este convento, que era muy pequeño, fué agrandado el año de 1744, habiéndose costeado las obras con las limosnas que recogían los frailes, tanto en la población como en Madrid, donde tenían, según parece, varios protectores.

Esto es cuanto puede decirse de los edificios más notables de Colmenar Viejo.





HOMBRES CÉLEBRES

Si, como en distintos lugares de esta obra consignamos, Colmenar Viejo carece de historia; si su abolengo no se remonta al sitio de Troya, ni siquiera llega á la época de la dominación romana, claro está que no podrá contar entre sus hijos á ninguno de los héroes que sucumbieron en Guadalete, ó emprendieron con Pelayo, en Covadonga, la gloriosa guerra de la Reconquista.

Pero es el caso que ni entonces ni después se ha señalado ningún hijo de Colmenar por sus hechos relevantes. Al menos, si los ha habido, la historia ha callado sus nombres, y así se da el caso de no haber en Colmenar Viejo ni estatua, ni lápida conmemorativa, ni nada que haga conocer la existencia de algún ilustre colmenareño, célebre por sus

hechos en las armas, en las ciencias ó en las artes.

Y los habrá habido, sino dignos de figurar entre las glorias nacionales, merecedores de recuerdo y de veneración para la posteridad, y sobre todo del aprecio de los hijos de Colmenar Viejo.

Más, en todo caso, no es culpa de éstos, sino de las circunstancias que han hecho posible su ignorancia sobre el particular, este abandono. Hubieran vivido los oscuros héroes, ó los más oscuros aún hombres de ciencia ó de valer artístico, hijos de Colmenar, en estos tiempos de civilización y de progreso; hubieran tenido, como hoy tienen hasta las más modestas medianías, periódicos siempre inclinados á la benevolencia y capaces de dar un bombo al lucero del alba, y es bien seguro que hasta el último de los habitantes de la población sabría que había existido tal ó cual personaje, digno, por sus hechos, de que su nombre se esculpiese en mármoles ó en bronces.

Sea de ello lo que quiera, la verdad es que Colmenar Viejo, ó no ha tenido nunca ningún hijo que se haya hecho acreedor á la inmortalidad, ó, lo que es más probable, se ignoran su nombre y sus hechos. Hasta ahora, lo único que en la memoria popular vive, son los nombres de ganaderos afamados, como Aleas Félix Gómez, Bañuelos, Vicente Martín, López Navarro, Hernán y otros, cuyas ganaderías conquistaron, por su bra-

vira, prez y fama en las más importantes plazas de toros de España y del mundo, puesto que hasta en el mismo París, á quien se llama el cerebro de Europa, tiende á aclimatarse las corridas de toros.

Acerca de ciertas glorias históricas, diremos aquí lo que en otra parte hemos dicho, y no nos cansaremos de repetir. Vivimos en un siglo positivista y materializado hasta en sus idealismos, si se nos permite la frase. El pueblo, en su acepción más lata, entre las glorias pasadas, que se fundan en hechos poco en armonía con el concepto que hoy se tiene de lo que debe ser la vida social, y las modernas, que le hablan de grandeza y de poder material, opta por la segunda, sin vacilaciones ni dudas.

Los colmenareños desearían, sin duda, contar entre sus antepasados á los cruzados que acompañaron á Godofredo de Bouillon en la conquista de Jerusalén; ó algún inquisidor general, ó á los señores que tomaron parte principal en la conquista de Granada; pero si les diesen á escoger, preferirían, sin duda, á esos famosos industriales que han labrado su fortuna creando centros de producción y de riqueza, que son honra y orgullo del país, ó alguno de los políticos ú hombres de Estado, á cuyo talento, energía y perseverancia se deben leyes y disposiciones encaminadas á la cultura intelectual, ó á los adelantos materiales de la nación.

Y en este concepto, si Colmenar Viejo no

cuenta con hijos que hayan alcanzado celebridad, podrá contarlos algún día. Hoy no se pide á nadie limpieza de sangre ni títulos de nobleza para aspirar á los puestos más elevados del país. Basta tener talento, instrucción sólida, energía y decisión, y estas virtudes no son patrimonio de ninguna clase determinada, ni están vinculadas en los naturales de comarca alguna.

Honradez, trabajo, ilustración, perseverancia, actividad: he aquí los medios de que Colmenar Viejo llegue á contar entre sus hijos alguna de esas celebridades que honran al pueblo en que nacieron.

Como hombres que se han distinguido por su piedad, ó por los beneficios que han dispensado á la población de Colmenar Viejo, se cuentan los siguientes.

D. Pedro López, que fundó y dotó una capilla dedicada á San Pedro en la iglesia parroquial.

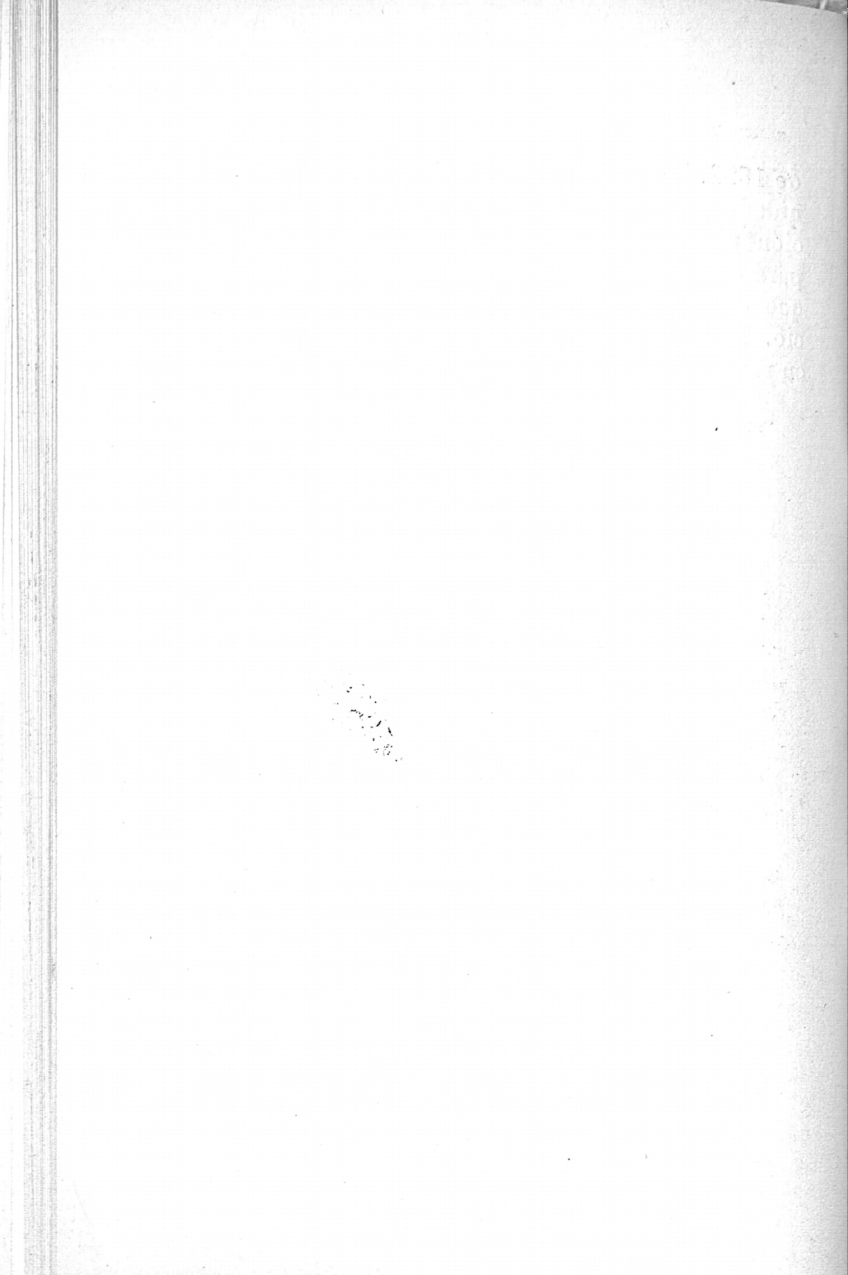
D. Juan González del Real, presbítero, cura propio de Guadalix de la Sierra y capellán de los duques del Infantado, que fundó, á su muerte, el hospital que hoy existe, dotándole con bastantes fincas y censos repartidos entre sus muchas propiedades.

D. Francisco Palacios, alférez del ejército, que fundó la ermita de San Francisco, y dejó algunas memorias benéficas á favor de los necesitados.

D. Diego del Pozo, cura párroco que fué de Colmenar Viejo y murió en 10 de Julio

de 1622. Fundó un colegio de latín y humanidades, dejándole una buena casa y dotación para el profesor, así como seis becas para otros tantos alumnos, hijos del pueblo, que quisiesen seguir la carrera del sacerdocio. También dejó varias mandas y censos en favor de los pobres.







CARÁCTER, USOS Y COSTUMBRES

Los hijos de Colmenar Viejo son, por lo general, de mediana estatura, de complexión robusta, de aspecto serio y grave, prudentes y formales en su trato, fieles cumplidores de sus compromisos, afables en su conversación, amigos del orden y de la tranquilidad, y amantes del trabajo.

Quizá encuentren algunos motivo para suponerlos refractarios á las innovaciones, lo mismo en las ideas que en las costumbres; pero éste es defecto demasiado general en nuestro país para que choque en los habitantes de una comarca cuya proximidad á la capital no ha sido motivo suficiente para hacerlos cambiar de ideas, en muchos casos de importancia.

No quiere esto decir que los colmenareños sean enemigos del progreso. Aunque por mucho tiempo se les haya considerado como

contrarios á los principios y á las teorías políticas modernas, no han podido menos de rendirse ante las ventajas del sistema, del mismo modo que su amor á la tradición, en lo que á las costumbres se refiere, no ha impedido que adopten muchas de las que privan en las grandes poblaciones.

Pero, por regla general, los hijos de Colmenar son tan sobrios en sus costumbres, que prefieren pecar de tímidos en eso de adoptar las de las capitales, á dejarse arrastrar por ese afán de imitación que en otras partes se nota.

Sin ser fanáticos, los colmenareños, como creemos haber apuntado en otro lugar de este libro, son sincera y profundamente religiosos. No hacen de la religión arma política, ni confunden las cosas sagradas con las profanas. Asisten con devoción al cumplimiento de sus deberes religiosos y gustan de dar al culto todo el esplendor de que le consideran merecedor y hasta donde les es posible.

Son de sentimientos elevados, benéficos sin ostentación, pacíficos por temperamento y por costumbre, y así son tan raros los crímenes y delitos que se cometen.

Aficionados á las diversiones honestas y á los ejercicios corporales, aman el baile, al que se suelen entregar con verdadera alegría en los domingos y días de festividad, alternando con otras diversiones en las que hallan solaz, y al mismo tiempo salud y energías corporales.

Sobrios en el comer y en la bebida, como suelen serlo todos los habitantes de la provincia de Madrid, no lo son tanto, sin embargo, que no gusten de alimentos nutritivos y de hacer uso moderado de las bebidas alcohólicas, sobre todo del vino; pero no existe entre ellos el vicio de la embriaguez arraigado, siendo casos poco frecuentes los en que este vicio se observa.

Aún no han penetrado, por fortuna, entre los colmenareños las ideas disolventes que acerca de la familia se practican en otros países; bien que, en honor nuestro sea dicho, tampoco han echado profundas raíces en España; pero no sólo no han penetrado esas ideas, sino que ni aun han llegado á aflojarse los lazos de la familia en la forma que se nota en las grandes capitales. El culto á los dioses lares forma parte de la religión de los colmenareños, y el amor al hogar es uno de los rasgos más salientes de su noble condición.

No tienen el carácter aventurero de otros pueblos, quizá porque se contentan con poco para satisfacer sus necesidades, quizá más principalmente por ese amor al hogar y á la familia que no están dispuestos á abandonar aunque se les ofrecieran las minas de California.

Entre sus diversiones favoritas figuran las corridas de toros. Parece natural que así sea en una población donde se crían toros de lidia que han dejado bien puesto el pabellón de Colmenar donde quiera se han presenta-

do; pero esta afición tiene por límites la falta de elementos para satisfacerla. Durante las fiestas que se celebran en honor de la Virgen patrona del pueblo, se improvisa una plaza, y en ella se corren novillos, en la forma que en otros pueblos que carecen de plaza de toros, y dicho se está que la lidia no reviste ninguno de los requisitos que aconseja el arte de *Montes* y el *Chiclanero*.

No creemos que se perdería nada con que desapareciese esta clase de fiestas, que por sus condiciones revisten un carácter poco civilizador.

Puede admitirse, en favor de las corridas de toros, el argumento de que sirven para demostrar la inteligencia y el valor del hombre ante la fiera, á la que burlan y engañan con hábiles suertes; puede compararse, con ventaja, el espectáculo del torero que domina á la bestia con la superioridad de sus recursos y de su inteligencia, con el de otras luchas cruentas en las que sólo intervienen seres humanos; pero lo que no es admisible, lo que no es comparable con nada, es el espectáculo de la multitud, que sin las armas de la habilidad y del arte (llamémoslo así), se pone enfrente del toro, le acosa, le irrita y expone cien veces seguidas la vida, de la manera más repugnante que puede imaginarse.

Bien comprendemos que predicamos en desierto. La afición á la fiesta clásica de los españoles no ha de desarraigarse por filípicas más ó menos, sino en virtud de la conjunción

de varias causas, obra del tiempo y del progreso social; y mientras la afición no desaparezca habrá de manifestarse bajo todas las formas posibles, ya acudiendo al circo la multitud, como en las poblaciones donde hay plazas de toros, ya á la plaza pública, convertida en redondel, donde los más intrépidos pagan con sendos batacazos ó peligrosas cornadas su amor á la tauromaquia.

No dejan de tener, sin embargo, su lado agradable estas fiestas en pueblos como el de Colmenar Viejo. Es, en efecto, de admirar el espectáculo, por todo extremo pintoresco, que ofrece la improvisada plaza. Sobre tosco tablado apiñase la multitud, vistiendo sus mejores galas. Brillan al sol los pañuelos de vivos colores, las faldas cortas y vistosas de las mujeres, en cuyos animados rostros se pintan las emociones propias de la fiesta, en tanto los hombres excitan con sus gritos á los lidiadores, encaramándose en las rejas cada vez que sienten la proximidad de la fiera.

Rayos de ese sol incomparable que parece hecho exprofeso para alumbrar esta clase de espectáculos, lo inunda todo con su luz. El bullicio de la muchedumbre, el sonido del tamboril y de la gaita, el ir y venir de la gente, la profusión y variedad de colores, el polvo que se cierne sobre el redondel, todo, en fin, forma un conjunto abigarrado, pero tan lleno de luz y de color, tan animado y pintoresco, que no es extraño impresione y contribuya,

por modo poderoso, á sostener en los pueblos la afición á las novilladas, ya que no pueden darse el lujo de presenciar corridas formales con la frecuencia que desean.

Otro de los espectáculos á que se muestran muy aficionados los habitantes de Colmenar, y en general los de todas las pequeñas poblaciones, es el de los fuegos artificiales. La pirotecnia entra por mucho en las fiestas populares, y ver arder la pólvora es una de las delicias de que no se priva ninguno.

Generalmente no pasa en los pueblos de la provincia de Madrid lo que en otros, donde se abusa del empleo de la dinamita para hacer los cohetes, bombas y otros objetos ruidosos, en cuyo trabajo no entraba antes más sustancia explosiva que la pólvora. De este modo no se producen las desgracias que son tan frecuentes con el empleo de la materia expresada.

La víspera de la función principal del pueblo, y durante los días á la festividad de la Virgen consagrados, se queman vistosos fuegos, que concluyen con el obligado templete ó con el vistoso *bouquet*.

El pueblo presencia con admiración las mil combinaciones de luz y de colores; sigue con la vista la trayectoria de los voladores que allá, en la altura, estallan, formando luminosa lluvia de fuego que desaparece en seguida, y se encanta y prorrumpe en gritos de entusiasmo cuando, al finalizar, la habilidad del pirotécnico hace aparecer en el fon-

do de un cuadro de brillantes colores, como marco compuesto de rubíes y esmeraldas, la imagen veneranda de la Patrona, en cuyo honor se queman los fuegos.

Aparte de estas fiestas, que bien pueden llamarse extraordinarias, los colmenareños suelen emplear sus escasos ocios en la caza, á cuyo ejercicio son muy dados. Algunos también se dedican á la pesca, pues abundan lo mismo las aves y las liebres en los montes próximos, que las tencas y otros peces sabrosísimos en las aguas de los ríos y arroyos que cruzan no lejos de la población.

Para terminar este capítulo, consagrado á describir los usos y costumbres de los hijos de Colmenar Viejo, diremos que están muy lejos de ofrecer el porte desgarbado, sucio y poco agradable que los habitantes de otras poblaciones. Su traje sencillo, acusa limpieza y cuidado. En los días festivos se esmeran en presentarse con el mayor lujo posible, consistiendo éste, en las mujeres, de falda y corpiño de tela de colores, sobre refajo también de color, pañuelo de hierbas sobre los hombros, y peinados los abundantes cabellos en forma de rodete, ó en trenzas recogidas con exquisito arte, medias oscuras y zapato ó botinas; y en los hombres pantalón largo, de paño ordinario, chaleco abierto, de pana ó paño, faja y chaqueta, cubriendo la cabeza con el clásico sombrero de ala redonda y amplia.

La clase mejor acomodada viste con arre-

glo á la moda de la capital, y aun podría decirse que se va generalizando en todas las clases el uso de las prendas que constituyen el traje de los cortesanos; pero esto, sin esa ostentación, sin esa que pudiéramos llamar *cursilería*, con que en algunos pueblos suelen vestir las mujeres.

El lujo entre los colmenareños no tiene, por lo general, el carácter de exhibición ridícula y de imitación sin gusto y sin arte. Entre los pobres, el máspreciado lujo está en la limpieza y buen porte. Entre los ricos, en la sencillez, que no está reñida con la riqueza ni con la moda, teniendo el buen sentido de amoldar sus gustos en el vestir casi á las exigencias de la vida propia de las pequeñas poblaciones.

El trato con los forasteros es amable y solícito, pero sin degenerar en humillante. Gustan los colmenareños de instruirse por medio de la conversación y del roce con personas ilustradas; pero esto no los lleva á creerse inferiores, ni á desdeñar el trato de los más ignorantes; y de este modo, dando á cada cual lo que se merece, han conseguido adquirir fama justa de atentos y afables con todo el mundo.

Con estas condiciones, bien puede asegurarse que la población de Colmenar Viejo figura entre las que más se distinguen por sus costumbres civilizadas.



CULTURA GENERAL

No sin razón figura la población de Colmenar Viejo entre las de mayor cultura de la provincia de Madrid. Manifestaciones de esta cultura son, sin duda, las costumbres de sus habitantes, su aspecto, sus modales, sus inclinaciones y la afabilidad de su trato; pero aún hay muchos más datos que confirman esta verdad.

Lo extraño es, después de todo, que quizá sea Colmenar Viejo, entre los que figuran como cabeza de distrito judicial en la provincia de Madrid, el que menos motivos tiene para mostrarse culto. Su alejamiento, mejor dicho, su incomunicación con la capital, de la que, si está cerca por la distancia, está separada por la falta de medios rápidos y cómodos de locomoción y de transporte; lo desapacible de su clima durante una buena parte del año; la carencia de visitantes que,

como en otros pueblos, vayan á estudiar la grandiosidad de sus monumentos históricos; la falta de estos mismos monumentos, que tan elocuentemente hablan á la inteligencia del pueblo; su escasa industria y más escaso comercio, que casi queda reducido al tráfico con la capital, todo, en fin, debiera contribuir á que la población de Colmenar Viejo viviese extraña al progreso de las ideas y de las costumbres, ó cuando menos más retrasada en el movimiento intelectual de sus habitantes.

No es así, por fortuna. Díriase que como compensación á ese mismo aislamiento á que le condenan, de consuno, su situación topográfica y la falta de medios de comunicación, la Naturaleza ha dotado á los colmenareños de un gran espíritu de reflexión y caballerosidad tanto más digno de apreciar, cuanto más dificultades han de encontrar para aplicarlo.

Verdad es que mucho influye en esto la enseñanza que se da á los hijos del pueblo, y lo serio y formal de su carácter, que huyendo de la degradación, hija de la ociosidad y del vicio, prefieren las distracciones útiles á esas otras en las que se enerva el cuerpo y se atrofia la inteligencia del hombre.

La población de Colmenar Viejo cuenta con dos cafés casinos, que reúnen, en junto, unos ciento cincuenta socios. En estos Casinos, únicos puntos de reunión habitual, hay, como en todos los establecimientos de esta clase, buen número de periódicos, cuya lec-

tura constituye el principal pasatiempo de los concurrentes. Con la lectura alternan otros recreos menos instructivos sin duda, pero necesarios, como los juegos de billar, ajedrez, tresillo, dominó, damas y otros lícitos.

Quizá haya que añadir á estos juegos otros no autorizados por la ley, porque ni en las capitales ni en los pueblos han podido hacerse desaparecer los llamados juegos de azar. El vicio de jugar se halla profundamente arraigado en muchos; y si en los grandes centros de población, donde abundan los medios de deleitarse instruyéndose, y donde es de suponer, por esto y por otras causas, mayor grado de ilustración y de progreso, es imposible la extirpación del juego, bien puede excusarse que en los pueblos se juegue también á los prohibidos, á despecho de las autoridades.

En el de Colmenar Viejo no existe, sin embargo, lo que puede llamarse el vicio. El tipo del jugador que sólo del juego vive, ó que á él se entrega desesperadamente, no se conoce allí, como es conocido, por desdicha, en otras poblaciones.

Por punto general, se juega para distraerse y nada más; y eso porque, repetimos, no hay otros medios de distracción más instructivos y morigeradores, fuera del café ó de la taberna.

El teatro, elemento esencialísimo de cultura, no existe, propiamente dicho. Hay, sí, un local, que llaman téatro, como pudieran llamarlo otra cosa cualquiera; porque ni por

sus dimensiones, ni por su instalación ni por el carácter privado que tiene, llena las condiciones que debe reunir un teatro, por modesto que sea.

Su instalación en uno de los cafés, á cuyo dueño pertenece, y las circunstancias de que en él actúe una compañía de aficionados, y de que sólo para solaz de los socios trabaje, quitan al teatrillo de Colmenar Viejo una gran parte de las escasas ventajas que pudiera tener como elemento de cultura general.

Esto es en extremo sensible, porque los colmenareños son aficionados al teatro, y las representaciones teatrales, aun en pueblos más atrasados que la indicada Villa, constituyen el solaz más propio y adecuado para ilustrar y entretener al mismo tiempo.

Sería, pues, de desear que Colmenar Viejo poseyese un teatro público, siquiera no funcionase más que en determinados días. Otras poblaciones menos importantes lo tienen, y no es cosa de que un pueblo que tantos deseos de ilustrarse tiene, carezca de los espectáculos teatrales.

Fuera de lo dicho, no hay en esta población otros medios de civilización. Aquí sucede, poco más ó menos, lo que en toda la provincia. El pueblo, entregado á sus propios instintos é inclinaciones, sólo tiene por freno la bondad de su carácter y la influencia de la educación, algo, aunque no mucho, más extendida que antes. Con-

trariamente á lo que se practica en otras naciones, y aun en algunas poblaciones de España, nadie piensa en proporcionar á las clases obreras los elementos indispensables para cumplir el noble fin de buscar la utilidad en el deleite, ya creando bibliotecas, ya organizando orfeones, ya bandas de música, ya algo que se salga de la rutina de hallar descanso en la ociosidad del cuerpo y del espíritu.

Y no sería, sin embargo, difícil lograrlo. Los hijos de España, ya hayan nacido bajo el espléndido cielo de las comarcas meridionales, donde la imaginación se muestra más viva, ya entre las brumas de las regiones montañosas, tienen el alma de artistas, y poseen mil diversas aptitudes para una mayor ilustración. Fácilmente podrían utilizarse esas aptitudes, con lo cual ganarían mucho el progreso de las costumbres y el bienestar moral y material de los hijos del pueblo.

En cuanto á lo demás, ya hemos dicho que los colmenareños buscan la perfección por instinto, auxiliados indudablemente por el trato de gentes, que ha aumentado desde que allí residen la Audiencia de lo criminal y el cuadro del batallón de reserva. A la primera acuden naturalmente muchos letrados y hombres de ley, que, por razón de sus carreras, poseen ilustración y sensatez más que suficientes para ejercer saludable influencia en la población; y en lo que respecta á los militares, aportan á la obra de la civilización general, no sólo los conocimientos y

la ilustración que caracteriza á los militares, sino también el trato ameno, franco y expansivo que distingue al soldado español.

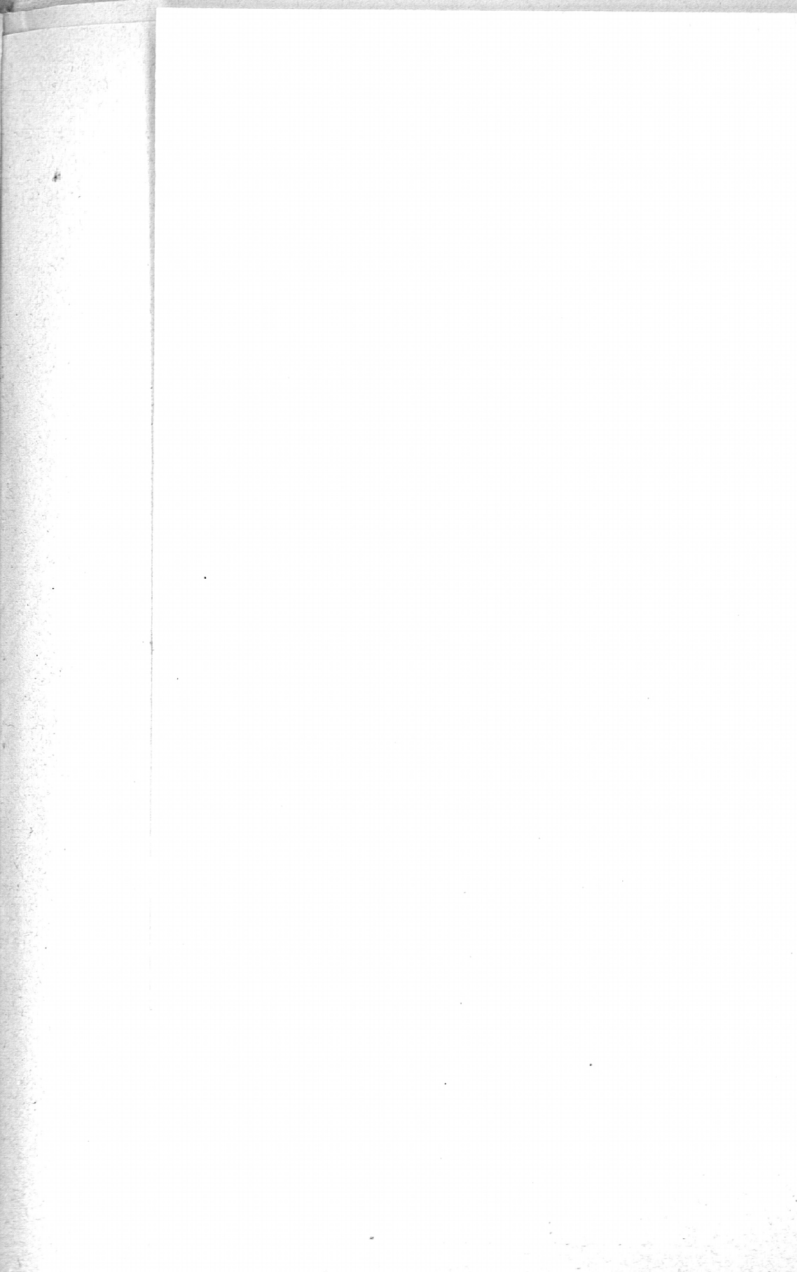
Lo que precisa, pues, es que el pueblo de Colmenar Viejo no se abandone ni retroceda en el camino emprendido. Debe, no sólo mantener la fama de culto y sensato de que goza, sino aumentarla todo lo posible, que en ello tendrán satisfacción legítima y provechoso beneficio material, porque en esto de la civilización de los pueblos van siempre unidos honra y provecho.

*
* *

Vamos á dar por terminada nuestra tarea; pero antes séanos permitido cumplir un deber de conciencia, rindiendo desde estas páginas tributo de gratitud al ilustrado secretario del ayuntamiento de Colmenar Viejo, D. Luis Berganza, por su valioso concurso en la redacción de este libro.

Muchos, la mayoría de los datos que en él se publican, los debemos á su benevolencia, justificando con ellos el concepto que ya nos merecía de funcionario inteligentísimo, ferviente defensor de los intereses del pueblo de Colmenar Viejo, y propagador incansable de la civilización y del progreso.

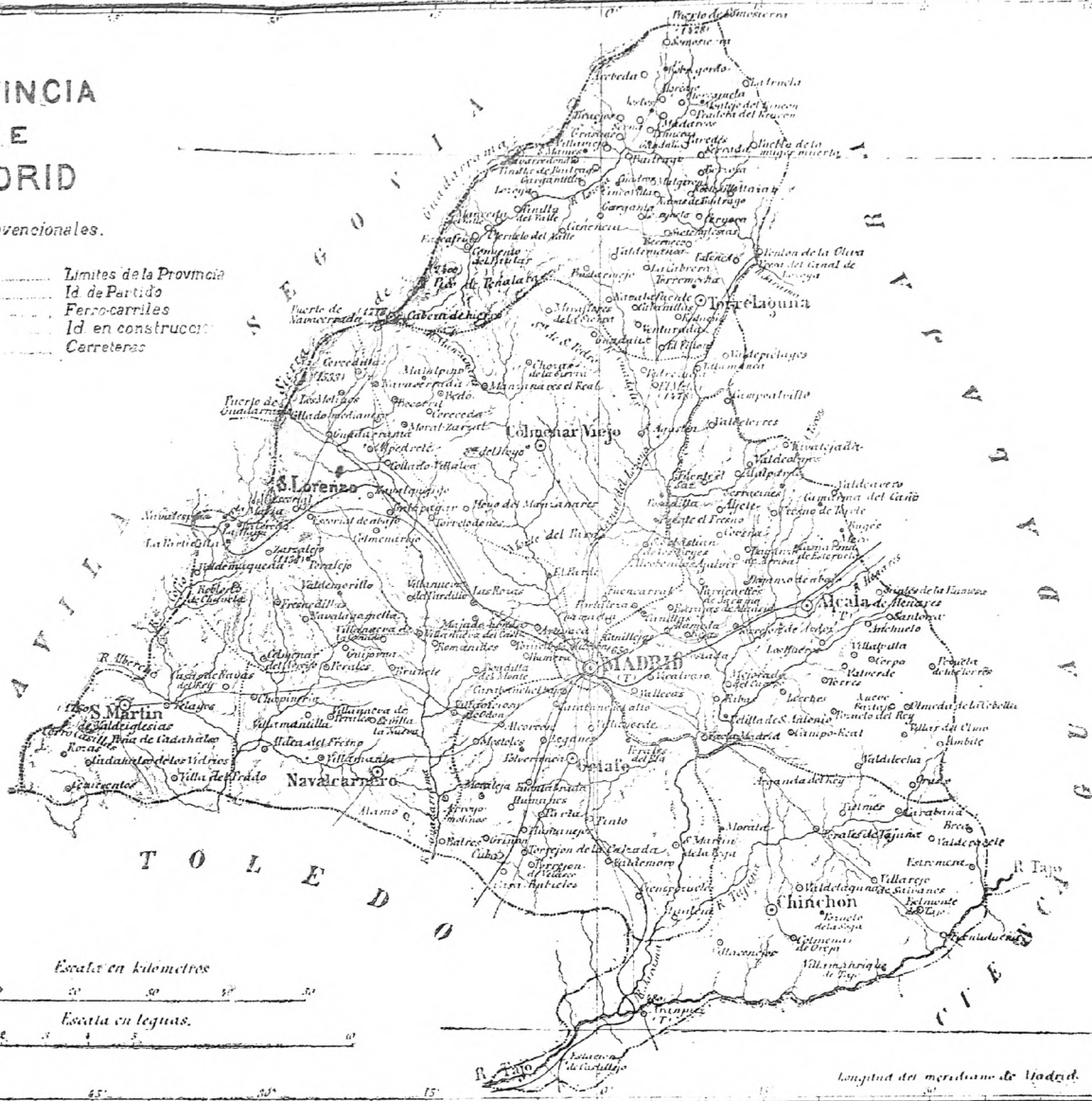




PROVINCIA DE MADRID

Signos convencionales.

- ⊙ CAPITAL
 - ⊙ Cabeza de Partido
 - ⊙ Pueblo con Ayuntamiento
 - ⊙ Pueblo ó Lugar
 - ⊙ Estacion telegráfica
- Limites de la Provincia
 - Id de Partido
 - Ferro-carriles
 - Id en construccion
 - Carreteras



Escala en kilometros

Escala en leguas.

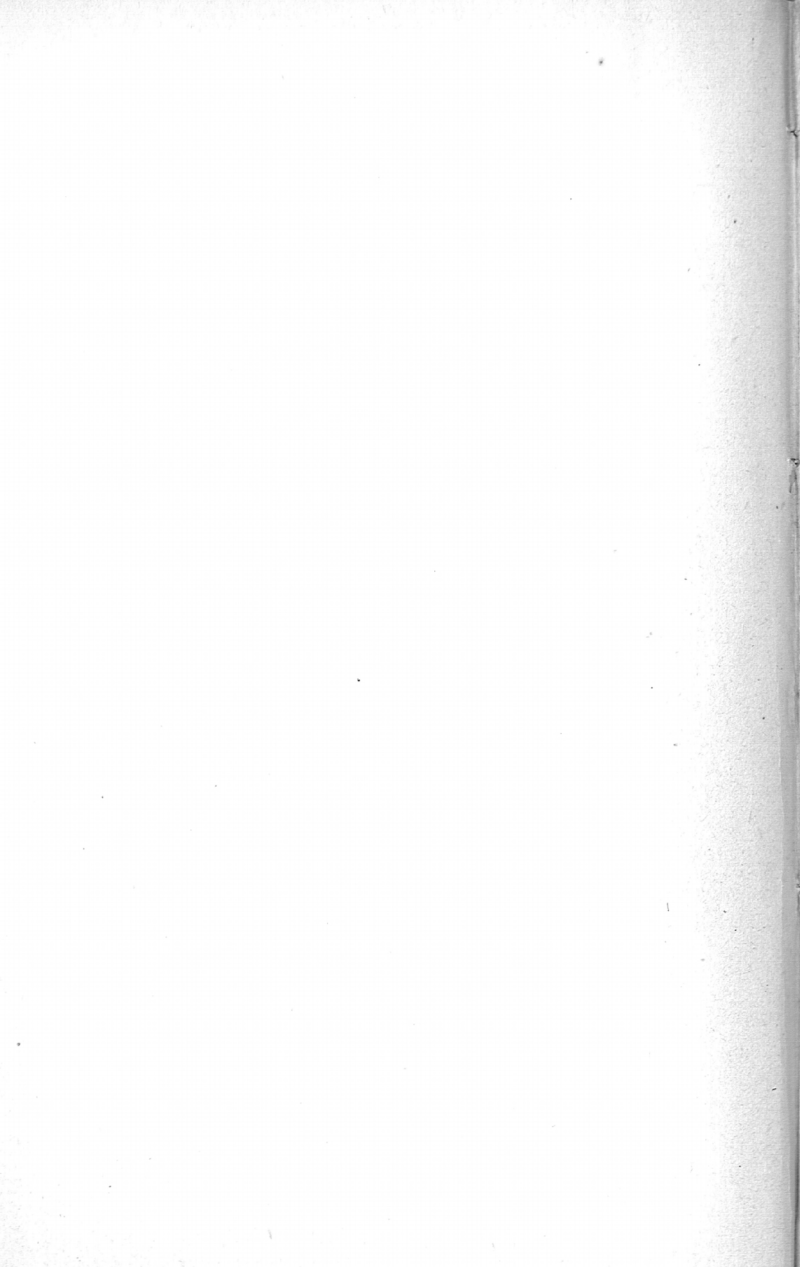
Longitud del meridiano de Madrid.

PLANO DE LA PROVINCIA DE MADRID

El mapa-plano de la provincia de Madrid que acompaña á este libro, comprende, con gran copia de detalles, los pueblos de la misma y partidos en que se divide.

Para su más fácil examen y comprensión, se han empleado dos tintas diferentes, de modo que puedan conocerse á primera vista los límites de cada uno de los expresados partidos judiciales, simplificando de este modo el estudio de la geografía en lo que á la provincia de Madrid se refiere, para lo cual no hemos escaseado los gastos.

Confiamos en que la publicación de este plano será del agrado de nuestros lectores y llenará cumplidamente el objeto que con su publicación nos hemos propuesto.



ÍNDICE

	Páginas.
Escudo de armas de la villa de Colmenar Viejo..	v
Dedicatoria.....	VII
Colmenar Viejo.—Origen é historia.....	9
Situación y límites.....	23
Clima y población.....	27
Vías de comunicación.....	31
Agricultura, industria y comercio.....	37
Administración municipal.....	47
Administración de justicia.....	57
Jurisdicción civil, administrativa y económica....	61
Jurisdicción militar.....	63
Jurisdicción eclesiástica.....	67
Monumentos y edificios públicos.....	77
Hombres célebres.....	81
Carácter, usos y costumbres.....	87
Cultura general.....	95

BIBLIOTECA DE LA PROVINCIA DE MADRID

CRÓNICA GENERAL DE SUS PUEBLOS

TOMOS PUBLICADOS

LA PROVINCIA DE MADRID.

MADRID.

ALCALÁ DE HENARES.

COLMENAR VIEJO.

EN PRENSA

ARANJUEZ.

GETAFE.

NAVALCARNERO.

CHINCHÓN.

SAN MARTÍN DE VALDEIGLESIAS.

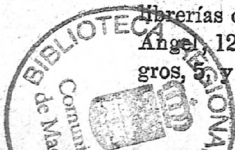
TORRELAGUNA.

EN PREPARACIÓN

SAN LORENZO DEL ESCORIAL.

ARGANDA.

Los tomos de esta Biblioteca se hallan de venta en las librerías de los señores *Escribano y Echevarría*, Plaza del Ángel, 12; en la de *Victorino Alvaro Perdiguero*, Peligros, 5, y en todas las principales de Madrid.











1047895





0164 7 104566 12

